

Dolorosamente madura

Yazmín Euvett Cardiel Gallegos

Image not found.

Capítulo 1

Más de una vez, los servicios de Olga habían sido solicitados por los padres de quienes resultaron ser sus clientes, algunos de ellos deseaban que ella se volviera una conquista inigualable para quienes ostentarían en el futuro los títulos que ahora les pertenecían. Probablemente ellos mismos habrían experimentado un trato parecido, al menos así fue el caso del Lic. Fernández, quien había visto en Olga las características más atractivas para su hijo, Gilberto, un joven de 19 años, apenas había regresado de un viaje por el mundo para continuar por el camino que había recorrido su padre, ser estudiante de excelencia en una universidad del extranjero; parecía que todo pintaba brillante para él, comprometido y responsable en el aspecto académico, aunque en su forma de relacionarse bastante inseguro a decir de su padre.

-Pareces una muchacha muy inteligente

Al escuchar esto del Lic. Fernández, Olga estaba a punto de abandonar la habitación imaginando la herencia de pretensión y vanidad que había reservada para su hijo, más se detuvo cuando vio en la mesa varias fotos de un joven viajero, atrevido, le pareció que podría suceder que aquél hubiera prescindido de los encantos de la personalidad de su padre.

Gilberto había recibido la oferta directa de verse favorecido por los servicios de una mujer como Olga, sin embargo, lo había rechazado, no era su interés aunque estaba al tanto que para su padre mucho de su valor radicaba en la forma en que fuera capaz de atraer a las mujeres, pero sabía también que para él era más importante atraer a una que fuera correcta.

Así la estrategia fue que Olga comenzara a coincidir con él, se encargaría de atraerlo, lo demás se daría solo. La relación se extendería poco más de un mes, suficiente para que aquél obtuviera de la relación la seguridad que suponía le faltaba a su hijo.

Nunca supo que la mayor seguridad ya la poseía Gilberto, no necesitaba presumir su capacidad para atraer a mujeres.

El cliente más adecuado, aquél cuyas características había considerado ella misma, pero resulta que al mismo tiempo era el peor, no pagaba, ella no lo dejaba abrir su cartera al menos mientras estaban juntos –finalmente sus servicios ya estaban cubiertos-.

Gustaba de cumplirle sus deseos, darle lo que él quería, hacer un cambio de roles; entre ellos era él quien había sido escogido, ella lo eligió a él porque era justo quien no quería ser escogido y ella se regocijaba en ese hecho.

La intimidad con él era bastante tranquila, al menos en el sentido de que no era precipitada y desagradablemente impulsiva como lo podría ser para alguien de su edad; a él le gustaba dormir mucho, muy cerca de ella, la abrazaba como si fuera a escapársele, para ella esto era un cambio tentativamente refrescante, estaba acostumbrada a permanecer separada casi al instante que terminaba el acto sexual, él no quería soltarla, se aferraba a ella o trataba de que ella se aferrara a él, parecía difícil determinarlo. En ocasiones ella se separaba un poco para estirarse, respirar, cuando esto sucedía él inmediatamente la reclamaba, aunque era distinto, ella sentía como si estirara sus brazos para pedirle que lo alzara, como un infante pide a su madre, eso recalca inevitablemente esta sensación de madurez que la invadía cuando estaban juntos.

Antes de irse ella metió un billete en su bolsillo, quizá le hubiera dado pena sacarlo para devolvérselo, ni siquiera le hacía falta, pero le gustaba pensar que se lo daba porque la situación era contraria, que él la necesitaba, y más que nada, seguiría necesiéndola mientras lo necesitara a él.

Junto a él ella se volvía una mujer dolorosamente madura así de repente, no había llegado siquiera a los 25, pero ése era su efecto sobre ella, así Olga tenía las palabras más acertadas para decirle, los argumentos más razonables, las críticas más agudas y una inteligencia emocional más desarrollada cuando se le paraba enfrente, y todo eso combinado con

unas ganas de comportarse como la noviecita que él deseaba, sólo que esa mezcla nunca fue homogénea, al cabo de unas semanas esa voluntad había desaparecido, únicamente la madurez retornaba y la obligaba a enumerarle las razones por las que su tiempo juntos había llegado a un fin.